

El Rastro

Andrés

Trapiello

HISTORIA, TEORÍA Y PRÁCTICA



DESTINO

Andrés Trapiello

El Rastro

HISTORIA, TEORÍA Y PRÁCTICA

© Andrés Trapiello, 2018

© Ediciones Destino, S.A., 2018

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-66408034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2018

Diseño y maquetación de este volumen: Alfonso Meléndez y Andrés Trapiello
Imagen de cubierta: Fotografía de AT.

ISBN: 978-84-233-5441-2

DEPÓSITO LEGAL: B-21.301-2018

Impreso por Gráficas Estrella

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

PRÓLOGO 11

AGRADECIMIENTOS 23

PRIMERA PARTE: BREVE HISTORIA DEL RASTRO 25

HISTORIA Y DESCRIPCIÓN DEL RASTRO [27] • CURIOSIDADES MORFOLÓGICAS [38] • ENTRANDO EN HARINA [46] • ALGUNOS TESTIMONIOS CLÁSICOS [50] • LAS AMÉRICAS [57] • VENGÁMONOS A LO DE HOY [73] • ACTIVIDADES MÁS O MENOS ACTUALES [75] • HISTORIAS DENTRO DE LA PEQUEÑA HISTORIA [81] • LAS TRES GRANDES EMES DEL FRANQUISMO [86] • HISTORIA DE UN NIÑO [89] • LAS GALERÍAS PIQUER [94] • AÑOS SESENTA [98] • A LA VISTA DE TODOS. EL RASTRO QUE TÚ VERÍAS, SI TE FIJAS [101] • SOCIOLOGÍA A MITAD DE PRECIO [108]

**SEGUNDA PARTE: MEDITACIONES Y CONJETURAS
(PARA UNA TEORÍA DEL RASTRO)** 115

PRIMERAS DIVAGACIONES [120] • LA RED [123] • BIBLIOGRAFÍA [125] • LA FIGURA DEL TRAPERO [127] • NADA SE DESTRUYE [132] • CAZA MENOR [137] • HACIA UNA TEORÍA [141] • DE ARROYO A TRAPIELLO [143] • TRAPEROS DE LA CULTURA ESPAÑOLA [149] • VÁNITAS [155] • UNA CACERÍA [158] • LAS ESPADAS DEL RASTRO [160] • LA TEORÍA POR PASOS DE CAZA [163] • SER O NO SER, O MEJOR AÚN, SER OTRO [167] • ARTE Y MAÑA DEL REGATEO [169] • PENÚLTIMAS CONSIDERACIONES EN LA TEORÍA DEL RASTRO [180] • LAS RAZONES DE LA INFELICIDAD [182] • EL COLECCIONISTA [185] • EPHEMERA [189] • ELOGIO DEL COLECCIONISTA [193] • OTRO PANORAMA [199]

TERCERA PARTE: INTERMEDIO SENTIMENTAL O PRÁCTICA DEL RASTRO	207
EL FETICHISMO [214] • ASUNTOS PRÁCTICOS [216] • DE LIBROS VIEJOS [220] • UN LIBRERO ILUSTRADO [223] • HABLANDO DEL CANON [225] • PARADOJAS DEL FRANQUISMO [227] • DOS VANGUARDISTAS, AUNQUE A VECES SE NOTE POCO [230] • LAS FUENTES [235] • NIETZSCHE Y HOBBS EN EL RASTRO [237] • DE CAZADOR A PESCADOR [243] • CONFESIONES DE UN RASTRÓMANO [255] • HORROR VACUI [260] • LOS RASTROS IDOS [261] • OBJETOS Y COSAS [266]	
CUARTA PARTE: ILUMINACIONES DEL RASTRO	287
EPÍLOGO	367

PRIMERA PARTE

BREVE HISTORIA DEL RASTRO



HAY cierta fatalidad en que al Rastro se le llame Rastro, con esa palabra precisamente. Su origen está unido al arrastre de las reses, y alude a la actividad de unos mataderos cercanos. Pero rastro significa también huella.

Las descripciones clásicas del Rastro con las que contamos, desde las de Mesonero Romanos, Fernández de los Ríos y Galdós a las de Baroja, Blasco Ibáñez, Solana, Barea o Gómez de la Serna, son de impresionistas, y ninguna es tampoco sistemática, aunque Galdós y Baroja dieron unas pinceladas muy buenas sobre los personajes humanos que conocieron en el Rastro. Pero en general lo que se ha escrito del Rastro se queda en relaciones históricas someras y otras veces en enumeraciones y casuística circunstanciales, y aunque algunas son acertadísimas y emocionantes como apuntes y retratos, se quedan lejos de lo que a uno le interesa del Rastro, es decir, conocer la razón por la que buscamos en él lo que buscamos, y qué echamos en falta en nuestra vida para ir a buscarlo allí y no en otra parte. De ahí que me sienta ahora como alguien que va a internarse en unas tierras vírgenes mal equipado o equipado únicamente de sentido común y experiencia, que son a todas luces y para lo que me propongo, insuficientes.

Es curioso: para el libro que me gustaría escribir veo que me falta preparación, y aunque lo que decía Pla es gracioso («si quieres saber algo de un asunto, escribe un libro»), vale poco. Pero ¿qué podemos hacer? Empecemos, pues, por lo más sencillo, por describir el campo de batalla.

HISTORIA Y DESCRIPCIÓN DEL RASTRO

El Rastro está situado en los barrios bajos, o sea, al sur, de la ciudad. Madrid ha aportado a la lengua castellana los adjetivos *barriobajero* y *rastrero*, que originariamente no tuvieron las connotaciones inicuas que hoy les damos. Al contrario. Fueron sinónimo de bravura, recordada, durante la francesada, en las gestas patrióticas de muchos de sus vecinos («majos» y «manolos», origen de «la majeza madrileña», y andando los

años, de los «chulos» o «chulapos» y sus correspondientes femeninos). Pero el desenfado y la vida arrabalera de algunos de los puntos que vivían en aquellos confines fue despintando de ambos calificativos sus entorchados dorados y dejándolos en jeribeques sombríos, reservados a hombres de malas trazas, fantoches y delincuentes, y mujeres agrias y de vida airada. Empezó a conocerse también aquel finisterre con el nombre un tanto infamante de «barrio de la Inclusa», institución que se trasladó a la calle de Mesón de Paredes a comienzos del 800.

Esta parte de Madrid fue, desde sus inicios hasta mediados del siglo XIX, el fin del mundo, como quien dice.

La mayor parte de los Rastros o «mercados de las pulgas» del mundo se situaban tradicionalmente a las afueras de las ciudades, en las puertas que franqueaban su entrada: Porta Portese en Roma, Porta Capuana en Nápoles, Puerta de Toledo en Madrid, en París las puertas de Vanves o Clignancourt, Portobello en Londres, la Feira da Ladra, de los ladrones u objetos robados, de Lisboa, al pie y fuera de las murallas... El crecimiento de las ciudades los ha incorporado a sus centros urbanos, pero en origen eran sus «afueras», sus arrabales, cerca de los basureros. Y allí iban las cosas, como en una última parada antes de que gentes también arrabaleras encontraran para ellas una segunda vida.

A los pies del Rastro se hallaba el barrio de las Injurias, que noveló Baroja en *La busca*. Había unas cuantas tribus de gitanos, quinquis y desgraciados que vivían a la orilla del río en chabolas o debajo del puente de Toledo. De las Injurias salió Felipe Sandoval, el conocido anarquista que mandó a la tumba a unos cuantos durante la guerra civil y de quien Carlos García-Alix hizo un documental memorable. En el Rastro precisamente encontré hace años un informe de un médico higienista de principios del siglo XX donde aparecen unas cuantas fotos. Justifican por sí solas el nombre del barrio y ayudan a entender la desquiciada trayectoria de ese y otros injuriados e injuriantes. Los vecinos de los barrios bajos estaban dejados de la mano de Dios, eran, marginales y marginados, como un Madrid dentro de Madrid. «Siempre se puede plantear en el Rastro aquella pregunta del viejo literato: “¿Es el Rastro el que está en Madrid, o Madrid en el Rastro?”», recordaba Gómez de la Serna en *El Rastro*. Y así lo había contado también antes Galdós en *Fortunata y Jacinta* y en algunos *Episodios Nacionales*.

El Rastro originario, situado en uno de sus cerrillos, se orienta hacia el sudoeste, y tiene a la vista, o tenía más bien, el río Manzanares.

De este río, el hazmerreír de los ríos del mundo, no voy a decir nada chistoso porque ya se han encargado de hacerlo otros muchos escritores, desde Quevedo y Lope a Villarroel y Arniches. Además, todo lo que fluye, aunque sea de la manera en que lo hace ese regato, merece un respeto, e incluso al Manzanares hay que tenérselo también. Conocemos miles de lugares en el mundo, y sin salir de España, que se perecerían por tener un río como el Manzanares, y aun peor. Hay fotos antiguas de ese río en las que se le ve a este sostener su caudal con muchísima dignidad, como un hidalgo pobre. Son fotos preciosas, llenas de vida, de cuando las lavanderas (la madre de Eugenio Noel, la de Arturo Barea) iban allí y ponían a secar las sábanas, y aquello parecía una pacífica flota de galeones. Por las fotos se aprecia la amplitud de las riberas del río, los dedos, más que brazos, que hacía el agua, las islitas con maleza, las charcas estancadas, propicias más a las ranas que a los peces... Algunas mañanas, especialmente silenciosas, todavía creemos oír la flauta del sapo al otro lado de la Ronda de Toledo, interpretando la *Pastoral* de Beethoven. Todo eso, con su vida primitiva, lo hormigonaron en los años ochenta del siglo pasado para hacer la circunvalación de la M-30.



1. Madrid hacia finales del siglo XIX, con San Francisco y los barrios bajos al fondo, tomada desde el otro lado del río, donde se ubicó el Cementerio de San Isidro por esas fechas. En realidad, la única panorámica vistosa de la ciudad, su lado seguramente más fotogénico.



2-3. El puente de Segovia, el más antiguo, y el de Toledo, las dos entradas a la ciudad más importantes, presentes en la literatura española de Cervantes a Baroja. También las dos más importantes salidas para la gente de la busca y la hampa, vecinos de los cercanos barrios bajos y del Madrid antiguo y medieval.

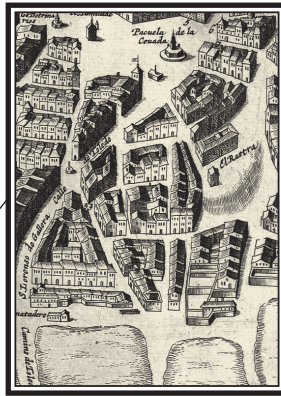


4. El Manzanares, con el Palacio Real al fondo. «De este río, el hazmerreír de los ríos del mundo, no voy a decir nada chistoso porque ya se han encargado de hacerlo otros muchos escritores, desde Quevedo y Lope a Villarroel y Arniches. Además, todo lo que fluye, aunque sea de la manera en que lo hace ese regato, merece un respeto, e incluso al Manzanares hay que tenérselo también», dice el autor de este libro.

5-8. Los lavaderos. De ellos habló Eugenio Noel con desoladora verdad: su madre, lavandera de oficio, se dejó literalmente la salud en ellos, en las crudas mañanas de los inviernos madrileños. También la de Arturo Barea. Ambos escribieron páginas memorables, recordándolos. Una buena parte de las mujeres de los barrios bajos y del Rastro se ganaban la vida en el río, lavando la ropa de los ricos y burgueses de los barrios de Argüelles, Salamanca o Retiro.

Hay tres calles que acreditan la orientación geográfica del Rastro, las dos de Mira el Río (Baja y Alta) y Mira el Sol.

En los callejeros clásicos, copiados por los modernos, se busca al nombre de las dos primeras una explicación bastante peregrina echando mano de ciertas inundaciones del río, que habrían anegado las riberas



9-11. Aparece en el célebre plano de Texeira, 1656, con bastante detalle y perspectiva caballera, pero también en el primero de todos, de Witt, 1635, y en el tercero en importancia, de Chalmandrier, 1761. Apenas una porción en el queso madrileño o, si se prefiere, un abanico, cuyo clavo es la céle-

bre estatua de Cascorro. Al sur, en los barrios bajos, de donde derivó *barriobajero*, como derivó de Rastro *rastrero*, dos adjetivos que en origen fueron sinónimo de gallardía y bravura.

12. *Vista de la Villa y Corte de Madrid, 1800.*

El Madrid antiguo se parecía bastante a una ostra. La perla sería el Alcázar, donde ahora está el Palacio Real, próximo a la bisagra musculosa que abre y cierra las dos valvas. El Alcázar, situado al oeste, sólo podía crecer hacia levante (y de ahí la Puerta del Sol), el terreno llano. Hacia el oeste no podía hacerlo, porque estaba emplazado en un altozano y tenía abajo el río. Primero se construyó una muralla, en tiempo de moros, en el siglo IX, pero cuando hubo necesidad de ampliarla, ya con los cristianos, se recurrió a una cerca que tenía más propósito arancelario que defensivo. Esta cerca se corrió varias veces de sitio hasta el siglo XIX, siempre por razones de expansión demográfica.

En tiempos de Isabel y Fernando, Reyes Católicos, había en la ciudad tres mataderos, próximos al Alcázar, y las protestas de los vecinos, ante los problemas de salubridad, forzaron la orden real de llevarlos a los arrabales, detrás de la cerca. El Rastro fue el lugar elegido para los sucesivos mataderos. El primero de ellos, 1497, dicen, se encontraba en la calle de Toledo, próximo al hospital de Beatriz Galindo, La Latina, la amiga latiniparla de la reina Isabel, a quien aquella solicitó su traslado, por los malos olores. La señora Galindo lo movió de sitio, pagándolo de su pecunio, a la Puerta de Toledo.

También existía otro, en el Cerrillo del Rastro, junto a la plazuela del Rastro, en lo que hoy es la plaza de Vara del Rey, dedicado al sacrificio de carneros, hasta que en el siglo XIX pasó a ser sólo para ganado porcino, acaso porque se abrió cerca un saladero (¿o fue al revés?). Funcionó hasta los años veinte del siglo pasado.

13. Bellísimo portal del Hospital de la Latina, 1499. Acaso debamos el Rastro a Beatriz Galindo, conocida como *La Latina*, amiga y maestra de la reina Isabel la Católica. Ella pidió que se alejase el matadero cercano que estorbaba la higiene y el reposo de su hospital, y lo que sigue se cuenta en estas páginas. Esta portada gótico-mudéjar estuvo donde siempre estuvo hasta mediados del siglo XX, cuando se derribó el edificio para levantar en su lugar un teatro de variedades, con el mismo nombre. La portada se reconstruyó lejos de allí en la Ciudad Universitaria de Madrid, donde nadie la ve.



El que estaba junto a la Puerta de Toledo se levantó en la calle de los Cojos, que vivían en el albergue al que ya me he referido. Hubo una leyenda según la cual, aparte de Cervantes, les socorría una cofradía llamada la Ronda del Pan y Huevo, que les asistía con este sustento a ellos y a los demás pobres. Estas leyendas yo creo que se las



14. El antiguo Viaducto, 1874. La empinada calle de Segovia dividía, como un tajo, los barrios bajos, populares y pobres del sur, de los nobles barrios nacidos a la sombra del Palacio. Los proyectistas del siglo XIX, al tiempo que querían unir con una gran avenida el Palacio y San Francisco, la iglesia más importante de Madrid, trataron de acercar aquellos barrios dejados hasta entonces de la mano de Dios.

15. Campillo del Mundo Nuevo, finales del siglo XIX. Una de las fotos más bonitas del Rastro. En aquel tiempo allí no había más que un descampado (el mercado del Rastro estaba al lado). Toda la poesía de Pío Baroja está en esta foto. Podría parecer un aguafuerte de Ricardo.

16. Mataderos antiguos, calle de Toledo. Estuvieron ahí desde el siglo XVII. Se reformaron varias veces. Este es de 1855, y duró hasta que lo trasladaron en 1928 a Legazpi, levantando en su lugar el Mercado de Pescado, que funcionó como tal hasta mediados de los años ochenta del siglo XX. Las autoridades municipales trataron entonces de convertirlo en un Rastro de ricos, con tiendas dedicadas a las antigüedades y el coleccionismo, y le dieron el nombre de Mercado Puerta de Toledo. No funcionó. En la actualidad languidece.

17. La mayor parte de los trabajadores del matadero vivieron en el barrio del Rastro. Es una foto de mala calidad, pero también una manera de acordarse de ellos.

inventan los académicos y los canónigos, que eran los que antiguamente tenían más tiempo para ello. Ese Matadero Nuevo se derribó y se levantó otro al lado, que se trasladó dos siglos después a Legazpi, en 1928.

Hoy la antigua calle de los Cojos lleva el nombre del desconocido capitán Salazar Martínez, quien sin duda habría preferido quedarse sin calle a morir como murió, joven, en el Barranco del Lobo, en una de las guerras coloniales.

La ubicación de los mataderos, según se hable de ellos en unos u otros libros, es fluctuante, y yo los coloco mentalmente de manera aproximada. Al igual que los años, el 1497 de un llamado Matadero Viejo, entre las calles de Embajadores o Maldonadas, o el de 1650, en el Cerrillo, que le sustituyó, con el nombre de Carnicería Mayor, como figura en el plano de Texeira.

Esos libros afirman también que la presencia de estos mataderos explica y justifica el subterráneo viaje de agua del arroyo del Alto Abroñigal, procedente de Canillas, hasta aquel barrio extremo de mataderos, necesitados siempre de un caudal regular y permanente.

La historia del agua en Madrid es fascinante, porque nunca anduvo sobrada de ella, y los madrileños se vieron obligados a minar la ciudad para llevarla de un sitio a otro, y así el viaje del Alto Abroñigal surtió las fuentes de Lavapiés, Cabestreros, Embajadores, el Rastro y el Matadero, la Fuentecilla, Ave María y Santa Isabel. Las fuentes de Madrid tuvieron una importancia y un protagonismo extraordinarios en la vida cotidiana de sus vecinos, asistidos en esos menesteres por los aguadores, tan literarios, tan indiscretos.

Tras la traída del agua, empezaron a trazarse las primeras calles y estas se llenaron de menestrales que atendían lo relacionado con los dos mataderos: Ruda, Juanelo, Cabeza, Encomienda, Espada, Esgrima, Tenerías, Arganzuela, Carnero...

El barrio conoció una rápida expansión: Embajadores, Lavapiés, Mesón de Paredes («el Broadway de los barrios bajos», llamó Chueca Goitia a esta calle), Ave María, Abades, Rodas, Oso, Tres Peces... Con la gente vinieron los frailes y los conventos. El primero, el de los mercedarios, los frailes que rescataron a Cervantes del cautiverio de Argel, estaba en la plaza que se llamó antiguamente de San Isidoro, luego, en el siglo XIX, del Progreso, y hoy de Tirso de Molina, en recuerdo de aquel fraile mercedario literato, autor de *El burlador de Sevilla*, el primer hito en la leyenda de don Juan Tenorio.